

La responsabilidad de los gobiernos, servidores públicos, en los países en desarrollo

Noel J. Sacasa Cruz

Superintendente de Bancos y otras Instituciones Financieras. Nicaragua.

En 1961, desde Nicaragua, me trasladé con mi familia a Alemania por razones de trabajo de mi padre. En ese tiempo, cuando tenía unos quince años, un amigo español de mi padre nos regaló un ejemplar del libro *El valor divino de lo humano*, escrito por un sacerdote del Opus Dei. Recuerdo que me impactó positivamente. A los cuatro años de llegar a Alemania, marché a los Estados Unidos para comenzar mis estudios universitarios. Mi ambición era llegar a ser físico teórico. Residía en un centro universitario del Opus Dei en Boston, pero en aquel tiempo era totalmente refractario a cualquier influencia consciente del Opus Dei en mi persona. De hecho, después de ese año de residencia, no volví a tener ningún contacto con el Opus Dei ni con los escritos del Beato Josemaría, hasta 26 años más tarde.

Sin embargo, durante ese año en la residencia *Trimount House*, maduré una decisión importante en mi vida: resolví hacerme economista. El contacto con otros compañeros de residencia de origen centroamericano, me había sensibilizado respecto a la problemática del subdesarrollo y la pobreza de nuestra región. Consideré que, como miembro de una clase privilegiada, tenía una responsabilidad hacia mis compatriotas más pobres. Me pareció que una carrera como físico teórico habría impedido mi regreso a Nicaragua, además de llevar consigo un grado de aislamiento de las demás personas que no creí sano para mí.

En esa misma época, entré en una crisis de fe que, gracias a Dios, sólo duró dos años y terminó con el regalo de una fe más profunda y personal en Dios y en su presencia en la Iglesia. Al salir de esa crisis, decidí terminar mis estudios de economía en Alemania, graduándome a los 26 años en la Universidad de Hamburgo. Se me ofreció la oportunidad de seguir la carrera académica en esa uni-

versidad, así como la de irme a Brasil con un banco alemán. Pero me sentía llamado a regresar a mi país y trabajar por su desarrollo. A poco más de un año de graduarme, después de 13 años de no vivir en Nicaragua, estaba aterrizando en el aeropuerto de Managua, mientras mis padres y hermanos se dispersaban entre Argentina, Estados Unidos y Alemania.

Recuerdo muy bien el choque que me produjo ver los contrastes extremos entre el bienestar —en algunos casos, derroche ostentoso— de la clase a la que yo pertenecía y la miseria de las grandes mayorías. También, por influencia de mis abuelos y mis padres, que eran personas creyentes y honradas, había aprendido desde niño a rechazar el sistema político autoritario y corrupto que prevalecía en Nicaragua desde los años 30. En 1974, dos años después de un terremoto que había destruido la capital y causado la muerte de más de 10.000 personas, se podía intuir que Nicaragua se encontraba en una situación social y política muy inestable y potencialmente explosiva.

Aunque en mis últimos años en Alemania había madurado la convicción de que los medios revolucionarios violentos eran contraproducentes, además de incompatibles con el modo de ser cristiano, simpatizaba con los movimientos moderados de izquierda. Sin embargo, durante mi primer año en Nicaragua, junto con un grupo de católicos que habían estado activos en movimientos laicos de apostolado, nos convencimos de que nuestra misión no era el activismo político, sino procurar vivir, convivir y transmitir una conversión personal cada vez más profunda hacia el Señor y sus caminos, preparándonos así para los tiempos difíciles que creíamos que se avecinaban, y poder servir de apoyo a la Iglesia y a nuestros conciudadanos.

En ese año conocí también quien hoy es mi esposa y madre de nuestros ocho hijos, y nos casamos poco antes de cumplirse los doce meses de mi regreso a Nicaragua. En nuestra luna de miel, fuimos como peregrinos a Roma en mayo del Año Santo 1975, un mes antes de la muerte del Beato Josemaría, sin sospechar lo cercano que él llegaría a ser para nosotros algunos años más tarde.

Así las cosas, me dediqué a mi trabajo profesional como economista, trabajando como miembro del cuerpo de investigadores y docentes del *Instituto Centroamericano de Administración de Empresas*, entidad de estudios de postgrado asociada a la *Escuela de Negocios de Harvard*. Procuraba aportar al desarrollo económico de mi país y a la superación de la pobreza a través de estudios, asesorías y actividades de capacitación realizadas por el instituto al que pertenecía, en colaboración con el gobierno. Sin embargo, huía de participar directamente en el gobierno mismo o en sus instituciones, por considerar que, si era ilegítimo el poder de los gobernantes —fundamentado en golpes de estado y elecciones poco limpias—, me repugnaba instintivamente participar en las estructuras institucionales subordinadas a dicho poder. Por otro lado, tampoco veía caminos para un

activismo político de oposición, ya que pensaba que los partidos y movimientos existentes estaban contagiados de corrupciones similares a las del régimen gobernante, o dominados por posiciones ideológicas o actitudes de violencia y revancha incompatibles con mi fe.

En todo esto, yo estaba fuertemente influenciado por la actitud de mi abuelo materno, a quien yo admiraba mucho por su integridad, bondad, inteligencia y amplia cultura. Él, después de haber sido un político activo y prestigioso en su juventud, había abandonado toda participación en ese campo desde que el primer Somoza había derrocado por la fuerza en 1934 al Presidente constitucionalmente electo. Desde niño percibí el profundo desencanto de mi abuelo por lo que él, al igual que muchos nicaragüenses honrados, consideraba como la intrínseca podredumbre de la política.

Cuando la revolución popular derrocó el régimen de la familia Somoza y los sandinistas impusieron un nuevo régimen de clara tendencia marxista, atea y totalitaria —aunque más moderado en la práctica que, por ejemplo, el de Cuba—, mis anteriores actitudes hacia la colaboración con el gobierno y la participación en la actividad política se hicieron aún más firmes. Si bien mi esposa y yo, junto con el grupo de católicos con quienes estábamos más estrechamente vinculados, creímos nuestro deber permanecer en Nicaragua, no nos resultó difícil convencernos de que nuestra tarea debía ser la de construir, en nosotros mismos, en nuestras familias y en los que se iban sumando a nuestro grupo, una cultura basada en la unión vital con el Señor y en la puesta en práctica comunitaria del Evangelio, que se opusiera con fuerza sobrenatural a la cultura de violencia, opresión y materialismo que pretendían imponer los poderes políticos predominantes. Una actividad política directa y abierta de oposición nos parecía ineficaz y prácticamente imposible. Por otro lado, no dejé de participar en actividades de capacitación y asesoría del *Instituto de Administración de Empresas*, orientadas a promover una mayor racionalidad en la labor del gobierno sandinista en el ámbito económico.

La caída pacífica del régimen sandinista en 1990, mediante las primeras elecciones libres en varias décadas, diez años después de que ellos hubieran obtenido violentamente el poder, nos pareció el resultado de una intervención divina en nuestra historia, estrechamente vinculada al derrumbamiento del comunismo en Europa, bajo la intercesión de la Madre de Dios.

Al tener Nicaragua, por primera vez desde los años 30, un gobierno electo democráticamente y dirigido por personas de raigambre cristiana, muchos nos sentimos llamados a colaborar de una manera más directa dentro de sus estructuras. Dejé el *Instituto de Administración de Empresas* que había sido durante doce años mi lugar de trabajo, y pasé a ocupar la posición de asesor en la formulación de políticas económicas y de una estrategia de desarrollo, primero dentro del Ministerio de Economía y más tarde, en el Banco Central.

Sin embargo, continuaba muy receloso de asumir posiciones de línea de autoridad dentro del gobierno, y las rechacé cuando me fueron ofrecidas. De alguna manera, creo que yo exigía demasiado del alto mando político en materia de lo que estimaba como integridad moral, antes de decidirme a unir mi nombre al de esas personas compartiendo con ellas la responsabilidad de la conducción política del país. Había en mí un temor muy fuerte a que, si me metía en la política, terminaría contaminándome, ensuciándome, viéndome atrapado en situaciones inevitablemente corrompidas. Al final, a mediados de 1992, terminé por salir del gobierno, incluso como asesor, limitándome de nuevo a colaborar desde fuera como consultor.

En ese mismo año de 1992, el Opus Dei comenzó de manera estable su trabajo apostólico en Nicaragua. Después de 26 años de no tener ningún contacto directo o indirecto, el Beato Josemaría y su mensaje entraron de nuevo en mi vida; esta vez de manera contundente.

En septiembre de 1992, fui invitado a un curso de retiro y, por vez primera en mi vida, entendí el mensaje que Dios nos daba a través del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Puedo decir que fue amor a primera vista. Es imposible resumir aquí lo que vi en relación a mi vocación personal a la santidad dentro de una vida plenamente secular, a lo que significa vivir como cristiano bien metido en medio del mundo, y a la realidad de la Iglesia.

En relación con los problemas del desarrollo, recuerdo haber comentado con un buen amigo que hacía también junto conmigo aquel retiro, y que entonces era Ministro de Educación —yo lo había animado en 1990 a aceptar ese cargo: «aquí está toda la solución para el desarrollo de Nicaragua».

Nicaragua es un país que, desde su independencia de España en 1821, no ha podido consolidar un modo estable de convivencia en justicia y libertad y, como consecuencia, no ha podido establecer bases sólidas para superar la pobreza y las desigualdades sociales a través del trabajo honrado de todos sus ciudadanos, y del ejercicio libre de la solidaridad entre seres humanos de igual dignidad. Lo quimérico y profundamente inhumano de pretender superar estos problemas por la imposición violenta de un movimiento político, que fomentaba el revanchismo, la envidia y el odio de clases, había quedado claramente demostrado con la experiencia de la década de los 80. Tampoco tenía sentido seguir buscando a quién culpar de nuestras propias desgracias: la colonización por los españoles, la dictadura somocista, el imperialismo yanqui, la dictadura sandinista, la explotación capitalista [...] Los años 90 se habían abierto con la esperanza de reconstruir nuestra patria sobre bases más sólidas, realistas y humanas, recuperando la dignidad y la centralidad del trabajo honrado de cada uno de los nicaragüenses.

En aquel retiro de 1992, vimos con una claridad sorprendente, el mensaje central del Opus Dei como un mensaje que los nicaragüenses necesitábamos

urgentemente escuchar: Dios trabaja. El trabajo no es un castigo por el pecado, sino participación en la vida misma de Dios Creador. Todo trabajo humano noble, bien hecho, con la recta intención de servir a los demás y ofrecido a Dios, dignifica insospechadamente a la persona humana, llevándola al encuentro con Dios y uniendo íntimamente su actividad a la infinita fecundidad de Dios que ama, crea y redime¹.

¡Qué mensaje tan relevante para el que tiene recursos —dinero, propiedades, conocimientos, salud—, para que los ponga a trabajar con responsabilidad y generosidad hacia sus compatriotas, sin temor a asumir riesgos, encontrando allí a Dios y, por lo tanto, su felicidad! ¡Qué mensaje tan esperanzador y dignificante para el pobre, que quizás no tenga otro recurso que su trabajo duro! ¡Qué mensaje tan importante para el servidor público, para levantarlo de una mentalidad mezquina y hacerlo consciente de su enorme responsabilidad y potencialidad! ¡Qué motor tan potente para el desarrollo, la productividad y la competitividad bien entendidos; mucho más poderoso que el afán de lucro egoísta postulado por los teóricos del capitalismo, y que el control estatal de los socialistas! ¡Qué bases más sólidas para construir una sociedad en paz, justicia y libertad, donde todos rindamos lo mejor de nuestras fuerzas para servir, con respeto a la dignidad del otro y sentido de solidaridad fraterna!

Por supuesto, esa visión estaba moderada por el realismo cristiano que cuenta con el pecado original y la labor destructiva de Satanás que, a lo largo de toda la historia humana, han opuesto su resistencia a la obra creadora y redentora de Dios. Pero ese realismo cuenta también con la victoria definitiva de Dios a través de la Cruz.

Cuando asistí a ese primer retiro, hacía poco que me había sumado, en calidad de Director Académico, a los esfuerzos de un empresario y viejo amigo, por echar a andar un colegio de espíritu católico y alto nivel de exigencia académica. Para entonces era padre de siete hijos, y me enfrentaba al problema de la deficiencia —tanto en lo espiritual y doctrinal como en lo académico— de las opciones educativas disponibles. Además, me entusiasmó la idea de contribuir al desarrollo de mi país con algo tan fundamental como la educación. Durante los siguientes dos años en que permanecí en ese trabajo, dimos especial prioridad al desarrollo de un curso de estudios de educación secundaria exigente, tanto en las ciencias como en las humanidades, con una sólida formación en la fe y la moral católicas, y con una buena selección de libros de texto y lecturas en los diferentes campos.

Sin embargo, durante esos dos años que dediqué a la educación, no abandoné del todo la actividad consultora en temas de política económica, regresan-

¹ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 55 y ss.

do de nuevo a ella como consultor libre de tiempo completo a partir de octubre de 1994. En particular, entre 1993 y 1996, retomé la función de asesor económico principal del Gobierno en la formulación de una estrategia de desarrollo que integrara de forma coherente las políticas económicas y sociales en los diferentes ámbitos. Como una base importante para este trabajo, traté de familiarizarme con la doctrina social de la Iglesia, y de aplicar sus principios tanto en la formulación de los postulados fundamentales de la estrategia de desarrollo como en la selección de vías específicas de acción. De igual modo, en el tema de políticas de población, moral sexual y aborto, procuré reflejar los principios rectos que, con el apoyo de nuestra Presidente de la República, venía impulsando a nivel nacional y en los foros internacionales de manera especial mi amigo ya mencionado, el entonces Ministro de Educación.

Durante todo ese tiempo, desde septiembre de 1992, fui profundizando en el mensaje del Beato Escrivá. Desde que empecé a conocer y esforzarme por vivir el espíritu del Opus Dei, me vi impulsado a asumir, con mayor decisión y menos temor, responsabilidades directamente gubernamentales, como parte ineludible de vivir mi vocación de cristiano. Cuando a mediados de 1997, el nuevo Presidente que había ganado las elecciones a fines del año anterior me ofreció el cargo de Ministro de Economía y Desarrollo —después, mejor llamado de Fomento, Industria y Comercio—, estaba interiormente preparado para aceptarlo, aunque no creo que hubiera movido un dedo para buscar un puesto así; mi preferencia —por temperamento y comodidad, no por virtud— había sido siempre la de mantenerme en posiciones de menor perfil público y, por lo tanto, de menor riesgo.

Me integré con mucha ilusión al equipo de Ministros que trabajábamos en el ámbito económico, sintiéndome contento de formar parte de un grupo de profesionales que nos conocíamos personalmente desde hacía muchos años, que habíamos trabajado juntos en otros contextos, y que compartíamos una misma visión de lo que deberían ser las líneas básicas de la política económica.

Sin embargo, a pesar de muchas experiencias satisfactorias, poco a poco empecé a enfrentarme a situaciones de conflicto cada vez más graves ocasionadas por la extendida corrupción presente en la vida pública. Veía que debía colaborar a atajar esa corrupción, lo cual no era ni fácil ni rápido. Mientras tanto, mi permanencia en el Gobierno corría el riesgo de ser considerada por la opinión pública como connivencia con el sistema corrupto.

En tales circunstancias, más de una vez consideré seriamente renunciar. Sin embargo, al meditar mis opciones ante Dios, cada vez llegué a la conclusión de que el riesgo que corría mi reputación, si permanecía en mi puesto, no justificaba poner en riesgo el bien común al renunciar y dejar un vacío que, probablemente, sería llenado por personas menos escrupulosas. En los momentos de

duda, me ayudó meditar en la frase del Beato Josemaría: «Señor, si Tú no necesitas mi honra, ¿yo, para qué la quiero?»².

Después de dos años de ocupar la posición de Ministro, el Presidente de la República me propuso, y yo acepté, una opción que entonces me pareció muy atractiva, como una manera de dejar una posición de alto perfil político y pasar a una más técnica y —así pensaba yo ingenuamente— más tranquila. Así, en noviembre de 1999, fui elegido *Superintendente de Bancos y de Otras Instituciones Financieras* por nuestra Asamblea Legislativa, de entre una terna propuesta por el Presidente.

Muy pronto me percaté de mi error de percepción acerca de los riesgos relativos a mi anterior trabajo con relación al nuevo. Tuve que hacer frente a algunos casos de corrupción en los que estaban implicados altos funcionarios y miembros de la clase política y de las finanzas, con un alto costo para las débiles arcas de mi país.

Como resultado de las medidas que he tenido que tomar, he entrado en conflicto tanto con el partido de gobierno como con el de la oposición. No es de sorprender que —con mayor fuerza aún que en mi anterior puesto de Ministro— me haya planteado de nuevo la posibilidad de dimitir. Esa posibilidad ha sido incluso sugerida por más de uno, tanto en público como en privado, como la única forma honrada de reconocer mi incompetencia. Sin embargo, una vez más, al meditar en conciencia sobre esta opción, me he encontrado con los siguientes argumentos: en primer lugar, una dimisión llevaría implícito el reconocimiento de una culpa que, en buena fe, no creo tener —al contrario, creo que es precisamente porque hemos cumplido con nuestro deber en forma imparcial por lo que estamos como estamos—. En segundo lugar, mi renuncia dejaría mi puesto en manos de personas quizá menos preparadas y, muy probablemente, más políticamente maleables, tendiendo a debilitar la credibilidad de la institución; y, finalmente, una dimisión me dejaría aún más indefenso ante las actuales y eventuales futuras demandas y acusaciones judiciales.

En resumidas cuentas, me veo en una situación en la que —por poco que me guste— la única salida parece ser hacia adelante. A veces, le he reclamado a Dios por haberme dejado meter en este embrollo. A veces también pienso que, de haber sabido al comienzo en lo que me metía, no habría aceptado este puesto. Pero, al final, tengo que reconocer que mi situación no tiene nada de extraordinaria —excepto que quizás sea un poco más pintoresca que otras— y que no me queda más que afrontarla con el mismo buen humor y confianza en la Providencia que tantos otros en estos caminos de Dios. Al fin y al cabo, creo que es mi

² *Forja*, 803.

Padre Dios quien me ha llamado a esta aventura, y que puedo contar con que Él me acompaña en ella.

En todas estas aventuras, han sido fuente de aliento y fortaleza los maravillosos tesoros de la Iglesia que, de una manera nueva, descubrí a través del Opus Dei. Dios pone todos estos tesoros a la disposición del cristiano común y corriente, dándole así todo lo que necesita para cumplir su misión en la tierra viviendo en medio del mundo: el encuentro vital con Cristo en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía y la Confesión, y la unión con Él en su ofrenda al Padre centrada en la Misa diaria, que da sentido a todo el día; el amor especialísimo a la Madre Dios, querido por Él mismo como camino privilegiado hacia Él; la devoción a San José, a los Ángeles Custodios, a los demás santos y a las almas del Purgatorio, como vivencia de la unidad que existe en la familia de Dios por encima de las barreras del tiempo, del espacio y de la muerte; las diversas formas sencillas de piedad popular que se han venido decantando a través de los siglos para mantener viva la presencia de Dios de la mañana a la noche; la enseñanza clara y garantizada del Magisterio, etc.

El mensaje del Beato Josemaría también me ha ayudado a comprender que podemos encontrar a Dios en todo trabajo honrado, y que podemos santificar ese trabajo ofreciéndolo a Dios; santificarnos nosotros mismos por medio de nuestro trabajo bien hecho en la presencia de Dios; y santificar a los demás mediante el apostolado personal y la intercesión por ellos en ese mismo trabajo. Que estamos llamados a tener alma sacerdotal, repitiendo muchas veces: te ofrezco, Señor, éste mi trabajo; ayúdame a hacerlo bien, por amor a Ti y a los demás. Unidos a Jesús, a través de la Eucaristía, podemos ofrecerlo todo a lo largo del día, por nuestra familia, por nuestros amigos, por nuestro país, para que salga de la miseria —moral y espiritual, raíz de la económica— en que se encuentra.

La labor de gobierno y la política no están excluidas de esta visión. El hecho de que otros abusaran de sus posiciones oficiales —aunque fueran la mayoría o los superiores, y lo hicieran de manera escandalosa—, no impide por sí mismo que un funcionario público pueda comportarse con rectitud y ofrecer a Dios un trabajo bien hecho. Ejemplos preclaros son los dos santos mártires que fueron Cancilleres del Reino de Inglaterra: Tomás Beckett y Tomás Moro.

Si el gobierno de turno tiene fama de corrupto —con razón o sin ella—, nos puede preocupar que pueda dañarse nuestra propia reputación si colaboramos con él. Sin embargo, ya vimos antes lo que decía el Beato Josemaría: «Señor, si Tú no necesitas mi honra, ¿yo, para qué la quiero?» Dios no nos llama a salirnos del mundo para no contaminarnos, menos aún para evitar que hablen mal de nosotros. A los que tenemos la vocación de permanecer en el mundo sin ser del mundo —que somos la mayoría— Dios nos da las gracias necesarias para ser fieles, y para luchar por ser santos, aunque nos toque vivir en medio de la podredumbre.

Doy por hecho que en la función pública hay hombres y mujeres honrados y cabales que sirven con desinterés a sus conciudadanos. Sin embargo, yo no soy mejor que otros que —por no haber tenido la oportunidad de formarse— no han descubierto todavía algo mejor que abusar de sus posiciones dentro del gobierno en provecho propio. Estoy llamado a acercarme a ellos, a rezar por ellos, y a ayudarles a encontrar a Dios y a ser mejores. Incluso los malos ratos que ellos me puedan hacer pasar, estoy llamado a ofrecerlos también por ellos, para que Dios los cambie. Yo sé que, si me suelto de la mano de Dios, puedo fácilmente ser peor que el peor de ellos.

Estamos llamados a ser levadura, y la levadura sólo puede fermentar si está bien mezclada dentro de la masa. También la masa de las estructuras de gobierno está llamada a ser fermentada, aunque nos parezca desesperadamente corrompida. Estamos llamados a ser luz, con nuestro ejemplo, con nuestra palabra. Cada uno de mis colegas, de mis subalternos, de mis superiores, es hijo de Dios y está llamado a vivir conforme a esa dignidad. Yo estoy llamado a tratarlo con el respeto que se merece —no importa qué haya hecho o esté haciendo, o qué estén diciendo de él en los diarios— y a ayudarlo. Dios me llama a ser amigo de todos, aunque no todos sean mis amigos; a ser puente, a buscar la armonía y la cooperación, por el bien del pueblo a quien servimos, y por el bien de los que trabajamos juntos con ese fin.

Y si nos tocan situaciones difíciles, *Omnia in bonum*³, como le gustaba repetir al Beato Josemaría, resumiendo en esta frase la enseñanza de San Pablo⁴. En todo interviene Dios para bien de los que le amamos, y para convertir en éxito lo que nos parece fracaso. Si luchamos, con Dios en nosotros, todo saldrá bien.

Dios quiere que pongamos a Cristo en la cúspide de todas las actividades humanas⁵. Por lo tanto, no debemos huir de las posiciones que nos ponen más arriba en las jerarquías humanas, si no las buscamos por vanagloria sino para servir. Ser ministro en un gobierno significa literalmente ser servidor.

³ Cfr., entre otros lugares, *Amigos de Dios*, 119.

⁴ Cfr. *Rom.* VIII, 28.

⁵ Cfr. *Amigos de Dios*, 58.